



EL

ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Montells y Garcia, Mayor 24, Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24.—Fuera de ella, trimestre 30.—Números sueltos un real.

Jueves 25 de Enero.

El Eco de Cartagena

Cartagena
á la luz de la tradicion
y de la historia.

LOS CUATRO SANTOS!
(Continuacion.)

En los hechos que dejamos relatados hemos podido ver cuanta ha sido la proyeccion de nuestros patronos bajo la pesadumbre de los elementos desencadenados: toca ahora apreciarla en las conflagraciones de la peste, de la guerra y de la esterilidad.

Para lo primero no tenemos seguramente que darnos á discurrir por la antigüedad de los tiempos; ejemplos tenemos y muy recientes que abonan su eficacia de la manera mas cumplida. ¿Quién ahuyentó de esta ciudad del contagio que nos vinieron de Francia ó Italia en los años noventa y tres y noventa y cinco del siglo pasado? ¿Quién la libró en el mil ochocientos del funestamento célebre de Andalucía? (1). Y contrayéndonos mas á nuestra época ¿Quién contuvo á la muerte á nuestras mismas puertas en los de mil ochocientos cincuenta y cuatro y cincuenta y cinco cuando el virus asiático diezaba nuestra España. Acaso se nos diga que la prevision humana con su sistema de aislamiento. Como si unas débiles tablas fueran bastante á detener la accion de la Providencia... lo que sirvieron en los años mil ochocientos cuatro, cinco y doce; lo que en el treinta y cuatro; y últimamente ¿quién nos preservó en el setenta y uno de la mas funesta de las constelaciones, la fiebre tifoidea? Todos sabemos la respuesta en nuestro mismo puer-

(1) El typhus intestinal, llamado entonces vomito prieto ó vomito negro que en el transcurso de cuatro meses hizo en aquella hermosa region de nuestra España mas de cien mil victimas.

to oculta en el equipage del vapor mercante «Maria» subimos tambien que este buque, despedido de aquí por su procedencia de la Habana hizo rumbo á Barcelona donde en mal hora fué admitido á libre plática. Lo que despues sucedió díjalo la misma capital del Principado, Alicante y algunas otras poblaciones de nuestro litoral que aun lloran las tristes consecuencias de una fatal imprevision.

Si de los conflictos epidémicos pasamos á los que emanan de las pasiones humanas, á las convulsiones políticas, á esos sacudimientos sociales que tan frecuentes son hoy por desgracia entre nosotros, hemos de ver los mismos efectos de proteccion, tanto mas caracterizados cuanto se considera que lo que en muchas partes suele ser motivo de colisiones sangrientas, ó de espectáculos nada edificantes, en Cartagena no son otra cosa que transiciones pacíficas, tempestades de aparato: mucho ruido y nada mas. Esto podrá estar en el bello temperamento de sus hijos, en la nobleza de su carácter, en la excelencia de su índole, cualidades que nos gloriamos de reconocer; pero es indudable que con estas disposiciones obra combinadamente el influjo de una virtud superior donde hemos de ver, mas que en la naturaleza de tales dotes, la causa eficiente de semejante fenómeno.

Y no es que en ello hayan concurrido siempre la bondad de la circunstancia, las garantías de buen suceso, las predisposiciones del espíritu ó la apacibilidad de los temperamentos. ¿Cuántas veces nos hemos visto abocados á conflagraciones sangrientas provocadas por la obcecacion, la ignorancia ó el ánimo exaltado por febriles excitaciones! Sin ir más lejos, en nuestros mismos dias tenemos el pronunciamiento de Junio de mil ochocientos cuarenta y tres contrariado por el batallon provincial de Murcia; el del diez y nueve de Julio del cincuenta y cuatro que lo estuvo á su vez por el regimiento de Almansa; la imponente tarde de igual día y mes del cincuen-

ta y seis en el contra-pronunciamiento del de Valencia, imponiéndose con la ley marcial frente á la fuerza ciudadana que tres dias antes se habia declarado hostil al gobierno del general O'Donnell; la memorable noche del veintisiete de Setiembre del sesenta y ocho en que Cartagena acabóse de arrancar el último giro de sus hábitos monárquicos; los dias once y doce de Octubre del sesenta y nueve cuando el desarme de los batallones de voluntarios; el levantamiento cantonalista del once de Julio del setenta y tres; y últimamente la colision, ya en pleno cantonalismo, entre intransigentes y benévotos.

Si es en las ocasiones en que el rayo de la guerra ha vibrado sobre nosotros. ¿Qué es lo que sucedió en el asedio de mil ochocientos cuarenta y cuatro, en su bombardeo, en su pacífico desenlace! ¿Quién contuvo la mano desesperada que agitaba la mecha de la cual estuvo pendiente por algunos momentos nuestra existencia! ¿Que es lo que hemos visto en el del setenta y tres considerada la tenacidad de la resistencia y lo imponente de la impugnacion; el espíritu de los de adentro y el ardor de los de afuera, todo lo cual hacia esperar una segunda epopeya numantina ú otra imagen de la catástrofe de Troya! Si el asunto lo miramos de una manera matemática, veintisiete mil ciento cincuenta y cuatro proyectiles lanzados sobre nuestros hogares hubieran podido ser lo bastante para borrar del mapa á Cartagena; sin embargo: cuando volvimos á su regazo, aunque en ruinas, los edificios, el esfuerzo unánime de todos hizo se reconstruyeran albergues donde poder dedicar luego al fomento de los intereses locales.

Acaso se nos arguya con el ejemplo de numerosas victimas, la catástrofe del parque de artillería tal vez; pero ahí que no siempre se mostró el cielo propicio á la resistencia temeraria, siquiera esta se ampare en la bondad de la idea, en la santidad de la causa, ó lleve por distintivo el honor ó el patriotismo.

Hemos tocado por incidencia un suceso que afecta dolorosamente nuestra memoria... Derramemos aquí una lágrima y cambiemos de rumbo.

Otra de las calamidades que mas han afligido á Cartagena sabemos ha sido la falta de lluvias oportunas en sus campos. En el siglo pasado llegó á hacerse tan notable esta escasez que hubo períodos de dos, de tres y aun de cuatro años en que no descendió sobre ellos ni una sola gota. (1) No parece sino que los cielos se habian propuesto no ablandarse sino al ruego y á la oracion; por eso se hicieron tan frecuentes las rogativas y las procesiones.

Dos veces fué sacada de la Iglesia de Santo Domingo la imagen de N. P. Jesus de nazareno acompañado en la primera de ellas de la Virgen de la Soledad y en la segunda de la del Rosal; (1704 y 19.) Siete la de la Caridad, (50, 57, 58, 59, 64, 65 y 67.) (2) Cinco la del Rosal, (3, 9, 11, 18 y 20) y la misma imagen junta con las de los Cuatro santos en los años 52, 53, 56, 57, (dos veces) 60 y 61, habiéndose obtenido casi siempre el anhelado rocío, por cuyo beneficio fueron sacados nuestros patronos en otras cuatro ocasiones mas en accion de gracias.

Además lo han sido tambien desde mil setecientos cinco hasta nuestros dias: dos veces para implorar el triunfo de las armas de Felipe V durante la guerra de sucesion; en mil setecientos cincuenta y nueve por la salud de Fernando VI, en el sesenta y ocho por la de Carlos III, en el cincuenta y seis con motivo de la espantosa plaga de langosta que invadió nuestros campos, en los de sesenta y ocho y ochenta y cinco por la salud pública, en el noventa por los terremotos; dos veces, antes y despues de la epidemia de mil ochocientos

(1) El último de los períodos á que nos referimos abraza los años diez y ocho, diez y nueve, veinte y veintiuno. La necesidad llegó á tal extremo que hubo de recurrirse al pan de maiz.

(2) En esta salieron tambien los cuatro Santos.